

A eso de las diez (1) subió Colón á la toldilla. Apenas llegado á ella notó á lo lejos una luz; pero al traves de la masa oscura de la atmósfera, no quiso asegurar que fuese una señal cierta de próxima tierra. Llamó á un oficial de la casa del rey, Pedro Gutiérrez, empleado en la custodia del mobiliario de la corona, y le pidió que á su vez mirara en aquella direccion. Pedro Gutiérrez vió claramente que aquello era una luz. Llamó entónces el comandante al comisario de marina Rodrigo Sánchez de Segovia para mostrársela; pero durante el tiempo que éste empleó en subir al entrepuente de popa, la luz había desaparecido. Despues de cierto intervalo reapareció aquella claridad una ó dos veces; asemejábase á una llama que subía y bajaba alternativamente. Por aquel movimiento, sin importancia para el resto de los marinos, se aseguró Colón de la proximidad de la tierra.

La escuadrilla seguía su rumbo tranquilamente.

Á media noche, segun las órdenes del comandante, los buques navegaban con poca vela. Parecían andar con mucha lentitud, y, sin embargo una corriente los impelia con mucha violencia hacia el Oeste. La *Pinta*, que era muy velera, se hallaba mucho más adelantada que las otras dos carabelas. En cada una de éstas la expectacion era general y extrema la impaciencia. Los corazones latían de esperanza, electrizados como estaban por la solemne afirmacion del comandante. Nadie dudaba, y por esto nadie durmió. Cada cual devoraba el espacio, y sumergía en las sombras su mirada escrutadora. Brilla de repente un resplandor y retumba un cañonazo en el espacio. Las tripulaciones saltan de alegría: ¡aquella señal lo era del descubrimiento de tierra! Un marinero de la *Pinta*, llamado Juan Rodríguez Bermejo, la había visto. El reloj de la *Santa María* marcaba entónces las dos de la madrugada. Al ruido de la detonacion, arrodillóse Cristóbal Colón, y alzadas al cielo ambas manos, miéntras que corrían por sus mejillas abundantes lágrimas de gratitud, entonó el *Te-Deum laudamus*, y todas las tripulaciones, fuera de sí de alegría, respondieron á la voz de su jefe.

Hasta despues de haber cumplido con el deber religioso, no se dió suelta á la alegría de que rebosaban los corazones. Inmediatamente se obró un movimiento indescriptible en los tres buques. Una orden de Colón hizo aferrar las velas; sólo se dejó el trece, y se pusieron al paio para esperar el día. La prudencia del jefe, que no descuidaba nada, pensaba en poner la escuadrilla en estado de defensa; porque se ignoraba lo que les esperaba á la vuelta del sol. Bruñíanse las armas; preparábase el grande anclaje: los parientes y los amigos se felicitaban. Toda la tripulacion de la *Santa María* se presentó delante de su jefe para ofrecerle sus respetos y tributar homenaje á su talento.

(1) «Due ora avanti mezza notte.»—Fernando Colón, cap. XXI.

CAPÍTULO VIII.

LA ISLA DE SAN SALVADOR.—SANTA MARÍA DE LA CONCEPCION.—EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS LUCAYAS.—LA ISLA FERNANDINA, LA ISLA ISABEL.—BUSCA DEL ORO.—LA ISLA DE CUBA.—EL MAR DE NUESTRA SEÑORA.—EL PUERTO SANTO.—AMOR DE COLÓN Á LA NATURALEZA.—LA ISLA IMAGINARIA DE BABECA.—DESCUBRIMIENTO DE LA ESPAÑOLA.—NAUFRAGIO DE LA SANTA MARÍA.—HOSPITALIDAD DEL REY GUACANAGARI.—PRIMER ESTABLECIMIENTO DE LOS EUROPEOS EN LAS ANTILLAS.

§ I.

El viérnes, 12 de octubre de 1492, al asomar los primeros fulgores del día, vióse desprenderse prontamente de las sombras, y dibujarse como si saliera de las aguas, una tierra efflorescente, cuyas arboledas doradas con los primeros rayos del sol exhalaban aromas desconocidos y hechizaban la vista con su risueña perspectiva. Adelantándose las carabelas descubrieron una isla bastante extensa, llana y sin apariencia de montañas. Espesos bosques limitaban el horizonte; por entre los claros brillaba el agua pura de un lago. Las ondulaciones del terreno cubierto de vigorosa vejetacion, delineaban una espaciosa playa, hácia la cual se dirigieron.

Luégo que dieron fondo, penetrado Colón de recogimiento, cubierto de un manto de escarlata, traje de su dignidad, y ostentando en el estandarte real de la expedicion la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, bajó á la lancha, seguido de su estado mayor. Los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, con la bandera de la empresa en sus manos, se colocaron cada uno en su bote con un destacamento perfectamente armado. Las tres embarcaciones abordaron la playa despues de cortos momentos de remar impacientemente.

Radiante Cristóbal Colón de entusiasmo, mudo de felicidad, se lanzó á la orilla con ardor juvenil. La dicha le daba nuevas fuerzas. Apenas hubo tocado aquella tierra nueva, plantó fervorosamente en ella el estandarte de la Cruz, y no pudiendo contener su gratitud, se prosternó ante el supremo Autor del Descubrimiento.

Inclinando por tres veces su frente, besó (1), regándolo con dulces lágrimas, aquel suelo desconocido donde le había encaminado la bondad divina. Todos los que le acompañaban, dominados por su emoción, siguieron su ejemplo arrodillándose, y levantaron en alto un crucifijo (2). Alzando Colon sus manos en actitud de agradecimiento, y dando gracias desde el fondo de su corazón al Padre celestial, halló en la efusión de su amante gratitud una sublime oración cuyos primeros acentos ha conservado la Historia: «¡Señor Dios eterno y omnipotente, que por tu Verbo sagrado criaste el firmamento y la tierra y el mar! ¡bendito y glorificado sea tu Nombre en todas partes, sea ensalzada tu Majestad que se dignó permitir que, por tu humilde siervo, sea conocido y predicado tu sagrado Nombre en esta otra parte del mundo (3)!...»

Su reconocimiento y piedad se desahogaron en sublimes expresiones. Levantándose después con majestad, y desplegando cuan extenso era el estandarte de la Cruz, ofreció a Jesucristo las primicias de su descubrimiento. A fin de dar gloria a Dios que se la había mostrado, después de haberle salvado de tantos peligros, dió a dicha isla el nombre de SAN SALVADOR (4).

Hecho esto, desenvainó su espada; los oficiales, siguiendo su ejemplo, hicieron al instante otro tanto, y entonces declaró que tomaba posesión de aquella tierra, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por la corona de Castilla. Después requirió al notario real, en presencia del comisario de la marina y de los capitanes, para que extendiera su acta según la forma prescrita.

Habiéndose realizado el Descubrimiento quedaban valederas por el buen éxito las condiciones del tratado con los Reyes firmado en la Vega de Granada. En su consecuencia, Colon había adquirido definitivamente los títulos de Virey, Gran Almirante y Gobernador General de las Islas y Tierra firme que descubriera en las Indias. Inmediatamente todos los asistentes, llenos de admiración y entusiasmo, le reconocieron por Almirante del Océano y Virey de las Indias. En tal cualidad le prestaron juramento de obediencia. Varios de ellos le expresaron su pesar por su conducta; le suplicaron que olvidara amenazas inspiradas por el miedo y prometieron serle tan adictos como obedientes.

Después de haber el Almirante declarado su toma de posesión, mandó a los carpinteros, provistos de su hacha, que cortaran dos troncos de árboles y que

(1) «Inginocchiati haciorono la terra tre volté piangendo di allegrezza.»—Ramusio, *Delle navigazioni e viaggi raccolte*, vol. III, fól. 1.

(2) Robertson, *Historia de América*, t. I, lib. II, p. 120.

(3) P. Claudio Clemente, *Tablas cronológicas de los descubrimientos*. Décad. prim.—Por orden de los Reyes de Castilla se repitió en lo sucesivo esta oración de Colon en los descubrimientos posteriores. Hernán Cortés, Nuñez de Balboa, Pizarro, etc., debieron emplearla oficialmente.

(4) «La llamó a gloria de Dios que se le había mostrado, librando lo de muchos peligros, SAN SALVADOR.»—Fernando Colon, *Vida del Almirante*, cap. xxv.

formaran con ellos una Cruz grande. La isla desconocida que se acababa de ofrecer al Salvador y recibir su nombre de San Salvador (1), se llamaba «Guanahani» en el idioma de los indígenas. Ocupa el centro de la primera línea de las islas Lucayas, y está en medio del grupo extendido que forma el archipiélago de Bahama. A pesar de que no se notó en ella ninguna habitación, estaba bastante poblada; pero, espantados los naturales cuando se presentaron las carabelas, que ellos creían, los unos, monstruos salidos del mar, los otros, seres bajados del cielo, se habían refugiado temblorosos en lo más espeso de los bosques.

Mientras que el notario real, Rodrigo de Escovedo, rodeado de los oficiales de la corona, del comisario de la escuadra, del *Veedor*, ó contralor del armamento y de los dos capitanes, redactaba sobre su rodilla el acta de la toma de posesión, los habitantes de la isla que hasta entonces se habían mantenido ocultos detrás del follaje, poquito a poco se arriesgaron a salir de su escondite. Tranquilizados por la expresión de serenidad, grandeza y benevolencia estampada en el rostro de Colon, cuya elevada estatura, rico traje, brillo de sus armas y la deferencia de cuantos le rodeaban, les designaba como el jefe de aquellos seres misteriosos, fueron adelantando a cortos pasos, unos tras otros; atreviéronse después a acercarse con temblor y se prosternaron ante aquellos visitantes extraños. Sucesivamente cobraron ánimo hasta llegar a tocarles; para asegurarse de que no soñaban; tocando sus vestidos, sus piernas, asombrándose sobre todo de su barba. A ejemplo del Almirante, los españoles acogieron bondadosos y risueños a los sencillos hijos de las islas, y se prestaron complacientes a su examen.

A primera vista notó Colon que eran todos jóvenes y diferían de los habitantes de la costa de África por el color de la piel, la forma de la cabeza y la de las piernas. Su estatura era bastante elevada; su color recordaba los indígenas de las islas Canarias. Tenían la frente y el cráneo muy anchos, los ojos muy hundidos, los cabellos espesos, cortados debajo de las sienes y largos en la parte de atrás, la barba desprovista de pelo, las piernas rectas, el tronco muy proporcionado. Iban completamente desnudos, pero se pintaban los miembros con diversos colores; estos de encarnado, aquellos de blanco; muchos se embadurnaban todo el cuerpo; algunos solamente el rostro. Hasta había algunos, sin duda los más elegantes y refinados del país, que se contentaban con pintarse la nariz. Sus armas consistían en bastones endurecidos al fuego y provistos en el extremo de un diente de tiburón ó de un guijarro agudo.

Desde su llegada al Nuevo Mundo, como si hubiesen adivinado la afición de

(1) No hallando los protestantes ingleses bastante bello para figurar en sus mapas marinos el nombre de SAN SALVADOR, le han sustituido el de *gato*; y en su atlas hidrográfico se llama hidalgamente «isla del Gato» *Cat-island!*

Colon á los aromas (1), le ofrecieron en homenaje un haz de yerbas secas odoríferas.

Por esta afable cortesania comprendió el Almirante que se les cristianizaria fácilmente, más por la dulzura que con amenazas. Á fin de disponerles mejor, distribuyóles algunos gorros de colores, abalorios de Venecia, cascabeles y otras frioleras que á los habitantes de los bosques les parecían de inestimable valor. Ofrecían respetuosamente todo cuanto poseían á los españoles. Estos pasaron lo restante del día descansando y recreándose á la sombra de aquellas frescas arboledas.

Luégo que los carpinteros hubieron terminado su trabajo, conmovido aún Colon de gratitud, inflamado el corazón en amor evangélico, hizo ensanchar el agujero hecho por el asta del estandarte (2) plantado en aquella playa conquistada para Jesucristo, y levantó en él la Cruz que sostuvo con sus propias manos, cantando el himno *Vexilla regis prodeunt*. Después, cuando el sagrado leño estuvo sólidamente fijado en el suelo, entonó el sublime cántico de victoria, *Te Deum laudamus*.

No mandó Colon levantar la Cruz en aquel sitio, simplemente para dejar en él la prueba de ser el primero que lo había descubierto (3); sino á fin de consagrar con aquella señal, el objeto de su descubrimiento, é indicar ya, en aquella frontera avanzada del Nuevo Mundo, que tomaba posesion de él en nombre del Redentor de los hombres, Nuestro Señor Jesucristo (4). Como el día tocaba ya á su término, rezó la oracion de la tarde delante de la imágen de la Cruz; después, tomando otra vez el estandarte de la expedicion, el *Labarum* con que habia vencido el horror del MAR TENEBROSO, el espanto de la inmensidad, los caprichos de las olas y las sediciones de los hombres, se volvió á su carabela.

La mañana siguiente, al rayar el día, los naturales rodeaban los tres buques, yendo en piraguas hechas de una sola pieza de un tronco de árbol hueco, pero de admirable trabajo si se tiene en cuenta su ignorancia en la fabricacion de herramientas. Remaban con una especie de pala de horno corta y ancha llamada pagay. Traían pelotas de algodón hilado, azagayas y papagayos domesticados, para comerciar con su cambio. Parecíanle precioso todo cuanto procedía de aquellos

(1) *Diario de Colon*, lunes, 15 octubre.—«Unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador dellas en presente.»

(2) «Collocata in luogo della bandiera.»—Ramusio, *Delle navigazioni e viaggi raccolte*, vol. III, fól. 2.

(3) Siguiendo el ejemplo de Washington Irving, se ha guardado muy bien la escuela protestante de hablar una sola palabra de esta elevacion de la Cruz.

(4) «Ma per lasciare un segno d'aver preso la possessione in nome di Nostro Signore Jesuchristo.»—Ramusio, *Delle navigazioni e viaggi raccolte*, vol. III, fól. 2.

extranjeros, aunque fueran fragmentos de loza ó de cristal. Daban hasta treinta libras de algodón hilado por una blanca de Castilla (unos dos ochavos). No queriendo empero el Almirante que se abusara de su candidez, prohibió aquellos cambios desproporcionados.

El 14 de octubre, al amanecer, mandó el Almirante embarcarse en la lancha de la *Santa Maria* y los botes de las carabelas para ir en descubrimiento al otro lado de la isla. Corrían hacia ellos hordas de indígenas enterados ya de su llegada, llamándoles y trayéndoles agua fresca y alimentos, y dando gracias á Dios de aquella asombrosa visita. Interpelábanse mutuamente los insulares, y animaban con grandes gritos á sus padres que estaban todavía en las chozas, diciéndoles: «Venid á ver á los hombres bajados del cielo, traedles bebida y comida,» y acudían al punto hombres y mujeres, trayendo todos algo que darles. A su manera bendecían á Dios, echándose en tierra y levantando las manos al cielo. En medio de altos arbolados observó el Almirante que habia huertas fácilmente regadas, deliciosos jardines de árboles frutales y «piedras propias para la construccion de iglesias (1).»

El Almirante detuvo á bordo á siete indígenas que queria llevar á Castilla para presentarlos á los Reyes, enseñarles la lengua española, hacerles cristianos y devolverles en seguida á su patria. Después se hicieron otra vez á la vela.

No bien se alejó Colon de las arboledas de San Salvador se encontró con el más feliz de los obstáculos. Á medida que avanzaba, surgía de las aguas el rico verdor de muchísimas islas que se veían asomar en todos los puntos del horizonte. La vista no podía contarlas. Los naturales que iban á bordo nombraron más de ciento, y aún habia muchas más. Su vista excitaba igualmente la curiosidad.

Como el contemplador de la Naturaleza no sabía por donde comenzar la exploracion de aquel archipiélago, se dirigió hacia la isla que le pareció la mayor, á la distancia de siete leguas próximamente. El Almirante la llamó Santa Maria de la Concepcion. Al desembarcar, tomó posesion de ella segun la forma solemne, es decir, haciendo levantar en ella una cruz. Dicha isla, de superficie plana, parecía muy fértil; los naturales recordaban los de San Salvador por su fisonomia, desnudez, confianza y dulzura. Admirando también á los milagrosos extranjeros, dejábanles recorrer libremente su tierra, y les daban respetuosamente todo cuanto les pedían.

Dirigióse en seguida el Almirante á otra isla que, por consideracion al rey, llamó Fernandina, aún antes de recalar en ella. Sus habitantes, semejantes á los

(1) *Diario de Colon*.—Esta observacion hecha el 14 de octubre de 1492, no fué mencionada sino por incidencia el 5 de enero de 1493.

de las islas ya visitadas, parecían sin embargo, dice Colón, «mejor tratables, más civilizados, y hasta más astutos (1);» negociaban en lugar de tomar indistintamente lo que se les ofrecía en cambio. Trabajaban el algodón, fabricaban hamacas, mantillas y calzoncillos para las mujeres casadas. Sus chozas, construidas en forma de tienda de campaña, demostraban minucioso aseo.

Mientras los hombres de servicio protegidos por un piquete armado, se proveían de agua, Colón recorría asombrado los bosques, y admiraba con gratitud su magnificencia. Afanábase por examinar las especies de plantas que le rodeaban. Su admiración no podía ser mayor. La vegetación ostentaba un lujo extraordinario: era la variedad en medio del infinito. La abundancia y espesor de los árboles hacían que los troncos, tallos y retoños confundieran sus ramas y unieran sus follajes con trabazón tan estrecha, que un mismo árbol parecía llevar sobre ciertas ramas, las hojas de la caña, y sobre otras las hojas del lentisco. Apretados unos contra otros, los diversos vegetales, entrelazaban y confundían sus ramas, hasta el punto de producir su enredo aquella ilusión que desde entonces han experimentado tan á menudo los botánicos en aquellas regiones. Durante los primeros días creyó Colón que en aquel país de maravillas los árboles diversificaban también sus productos.

Habiéndole hecho comprender los indígenas que á cierta distancia había una gran isla llamada Saometo, cuyo rey llevaba vestidos y mucho oro sobre su persona, el Almirante se orientó en seguida para descubrirla.

Reconoció una tierra fecunda, risueña y pintorescamente accidentada con alturas coronadas todas de altas arboledas. Atravesando la fresca espesura de aquellos bosques, impregnábanse las brisas de aromas extraños que disipaban luego jugueteando en las aguas. Colón, que era tan amante de la naturaleza, aspiraba deliciosamente aquellos olores desconocidos en Europa, admiraba la transparencia de las aguas, la suavidad del aire, la claridad del cielo, y no sabía dónde aportar. «Mis ojos, dice, no podían cansarse de mirar tan hermoso verdor y tan diferente de las hojas de nuestros árboles... Las flores y los árboles de la playa nos enviaban tan agradable y embalsamado olor que era lo más suave para el olfato (2);» y cómo le atraían nuevos encantos en todos los puntos de la costa, no sabía á cuál dar la preferencia para recalar.

Al desembarcar reconoció la superioridad de esta isla sobre las que ya había visto. Estaba cubierta de árboles soberbios: grandes lagos conservaban allí una frescura deliciosa. La yerba se encontraba también tan alta entonces allí como en

(1) *Diario de Colón*. — *Martes*, 16 octubre 1492.

(2) *Diario de Colón*. — *Viernes*, 19 octubre.

Andalucía en el mes de abril. Ruidosas bandadas de papagayos que pasaban á cada momento de un bosque á otro, oscurecían la luz del sol; tan crecido era su número. Los cantos y los brillantes plumajes de multitud de aves desconocidas en Europa, la pureza del aire embalsamado le asombraban y sorprendían. Las producciones extrañas de aquella isla, el aspecto tan característico de aquella naturaleza para él nueva, le indujeron á darle el nombre de la real asociada en su fe, en sus esperanzas y en su celo evangélico. La isla de Saometo recibió, pues, el nombre de Isabel.

Al aproximarse los extranjeros, los indígenas huyeron precipitadamente de sus chozas, llevándose consigo todos sus adornos, y no dejando en ellas más que sus muebles. El Almirante prohibió severamente tocar uno solo de dichos objetos. Viendo los naturales que no se les perseguía, se acercaron poquito á poco, para hacer cambios. Algunos llevaban pendientes de la nariz placas muy pequeñas de oro, que trocaban de muy buena gana por pedazos de vidrio, vasos rotos y tazas de barro cocido. El Almirante pasó dos días en la isla, esperando la ocasión de un trueque considerable en oro, que se le había ofrecido. Examinaba curiosamente el suelo y su riqueza de vegetación. Él mismo dice: «La diversidad de árboles y de frutos de que están cargados, y los aromas de que está perfumado el aire, me llenaban de asombro y admiración, y parecerían deber retener en su mansion al hombre que los haya visto una vez (1).»

En medio de su encanto, entristeciase Colón por no saber los nombres y propiedades de tan diversos vegetales, y añade: «Estaba pesaroso á cuanto cabe por no conocerlos, porque estoy muy cierto de que todos tienen mucho valor.» Era tal el disgusto que esta ignorancia le causaba, que por tres veces repite lo mismo en su diario, expresando siempre el mismo sentimiento. «Creo que hay muchas plantas y muchos árboles que son en España de muchísimo valor para los tintes, los medicamentos y las especerías..., pero, yo no los conozco, lo que me causa muy profundo pesar.»

Paseándose el Almirante á orillas de un lago, vió un horrible sauriano, provisto de garras, erizadas las escamas, y de horrorosa cabeza; era un leguano (la iguana de aspecto horrible, aunque de costumbres inofensivas). Verlo y atacarlo fué igual para Colón; era necesario que la intrepidez española se acostumbrase á atacar á las fieras que debían poblar aquel suelo desconocido. La iguana se precipitó al lago; pero como no era muy profunda el agua, persiguióla hasta allí mantándola á lanzadas. Su piel, que se conservó, medía siete piés de largo (2).

(1) *Diario de Colón*. — *Domingo*, 21 octubre 1492.

(2) *Diario de Colón*. — *Domingo*, 21 octubre.